

NOTAS

CLEMENTE BARAHONA VEGA

(Colaboración)

Eheu' fugaces, Postume, Postume,
Labuntur anni: nec pietas moram
Rugis et instanti senectæ
Afferet, indomitæque morti
.....

(Ode Ad Postumam) Horacio.—

Poco tiempo antes de sorprenderle la muerte nos habíamos cambiado varias cartas relacionadas ellas con trabajos que, cada cual, preparábamos entonces.

Yo tenía a medio hacer una monografía de carácter histórico, sobre algunos puntos poco dilucidados referentes a la actuación de nuestro San Martín, trabajo que debía leer en el Círculo Militar, de Buenos Aires, y luego darle circulación profusa, en forma de opúsculo, por diferentes sitios de América. He de aplazar aún mucho más la finalización de mi tan prometido trabajo, apremiado cada día por otras exigencias.

Barahona Vega estaba dedicado en toda una serie de folletos, y con una humildad propia de un sabio, en carta de fecha 20 de julio de 1918, me requería datos, creyendo encontrar en mí, conocimientos dignos de sus obras. Aparte de los tales folletos, hallábase empeñado también con algo sobre las Odas de Horacio y en la confección de dos florilegios Cervantinos, uno español y otro americano, este último, según informaciones recientes que he tenido, ha de proseguirlo y publicarlo otro estudioso, erudito e infati-

gable, don Leonardo Eliz, quien fué ya, en obras anteriores, su colaborador eficiente.

En la carta ya citada, me manifestaba su noble deseo de comunicarse con nuestras principales instituciones culturales por medio de sus producciones. “Ahí encontrará Vd.—decíame, refiriéndose a sus obras—manifestaciones de mi afecto por la Argentina, demostrado en muchas ocasiones de relieve histórico”.

En tales preocupaciones, en tales ansias, la muerte lo arrebató del mundo en que vivimos, llevándolo a regiones posiblemente más serenas, si es que no concluye toda existencia en el silencio irrevocable.

Si alguien preguntara con Carlyle, sobre cual fué el carácter y sentido de esta vida, que se apagó de improviso, y el significado de su presencia en la tierra, yo le diría así, escuetamente, y mirando con mi pensamiento toda una existencia dolorosa: Ha dejado, como testimonio de su labor de estudioso y reflejo de su talento, alrededor de cuarenta obras. Quizá mis palabras sonaran, por lo apresuradas y temblorosas, como un murmullo lúgubre, perceptible apenas; quizá mi voz se quiebre entonces y algún gesto de amargura acompañara a mis palabras... Luego: rumores, mil rumores, los mismos de otras mil veces. Un eco muy lejano cortado por un soplo. Y, por último, un silencio, un enorme silencio en una noche muy sola...

Cada vez que desaparece un hombre cuya vida la dedicó por entero al estudio, es motivo para mí de la más honda meditación y tristeza.

El cumplido caballero chileno fallecido, fué un grande obrero del pensamiento, y logró manifestarse notablemente, en su patria y fuera de ella, como literato, poeta y periodista, así como profesor de nota.

Que otros digan mejor que yo, las alabanzas merecidas y que justificarán los conceptos precedentes. Digan otros, con autoridad mayor que la mía, hasta donde llegó él y su obra. Yo me concretaré, porque así lo prefiero decir por medio de estas líneas, que salen como atropellándose de mi corazón y de mi alma y que llevan un haz de tristes reflexiones recogidas allá, en el fondo mismo de mis preocupaciones más recónditas, así como un latido de oculto dolor; yo me concretaré, he dicho, a hablar de mi duelo de escritor y de americano ante la desaparición de este hombre, que no supo de descansos en su labor mental.

He de expresarme en esta ocasión con amplia libertad, y haciendo uso de una franqueza, de una serenidad y de una imparcialidad tales, que ellas por sí solas, sean capaces de llevar la convicción de lo que digo, a todas las inteligencias, cualquiera que sean. He de expresarme sin el menor ánimo de herir a nadie; detrás del término áspero y de apariencia agresiva, puedo asegurar que pongo toda la humildad de que soy capaz, y no se vea tampoco pretensión alguna en mi palabra, que antes que de consejo y de *ex cátedra* tiene mucho de ruego: *ab imo pectore*. Siento verdadera necesidad y como si un imperativo mandato también me lo impusiera, de referirme a determinados aspectos. Yo no sé si tendré títulos suficientes para hacerlo. Sólo diré que a los mismos ideales que hoy sustento con toda la fuerza de mi espíritu, dediqué siempre el fuego de mi juventud, puse a su servicio mis propios intereses, y como un hierofante antiguo me he mantenido alejado de las influencias imperantes y, por ende, incontaminado de todos los medios ambientes, entregado por entero al culto de la verdad y la belleza.

Al referirme a esta sensible pérdida, a la muerte de este culto y distinguido investigador de la tradición y del verbo, renuévanse en mí cosas un tanto olvidadas, impresiones y sensaciones que al removerse parece vinieran de un callado sedimento, así como una visión corporizada en lejanía de ideas. Visión imprecisa, borrada

y confusa, como si la niebla de los años hubiera caído sobre ella, y, sin embargo, tan solo hace algo más de un año que desapareció del mundo, poco, muy poco después de Barahona Vega. Me refiero a la figura magnífica, aquella verdadera gloria del Brasil: al Dr. José Chaves dos Santos.

He de permitirme, entonces, fundir en mi homenaje de esta ocasión algunas palabras, como unas pálidas flores de afecto, de admiración y de respetuosa piedad, que deshojo embargado por la más perdurable de las tristezas, para la tumba de este otro sabio, que si bien en nada se pareció con el autor chileno, pues éste se entregó en sus obras, mientras que Chaves pudo decir, como ningún otro, con Oscar Wilde: que todo su genio lo puso en su vida; que en sus obras no puso más que su talento; de este bohemio, de este inmenso bohemio, si tenemos en cuenta lo que Rodó nos ha dicho, que bohemio “no es el que tiene la voluntad enervada y la cabeza en desequilibrio”, sino “el que vive su juventud con un exceso de entusiasmo, que se le desborda del alma, por las cosas bellas y las cosas raras y las acciones generosas”, de este tan distinto, pero que se me ocurre fueron ambos, precisamente por lo distintos, “*fratelli in angoscia*” porque fueron buenos y porque supieron de las torturas del saber, del dolor del conocimiento y de las ansias y de las dudas indefinidas. Desde el *Eclesiastés* hasta siempre se repetirá aquello de que quien añade ciencia, añade dolor. Se ha llenado el mundo de quejas, como un eco continuado de aquella primera expresión. Así Brunetiere, proclamando la “*bancarrota de la ciencia*”, después de su sabio viaje a la Ciudad Eterna...; así Eugenio de Castro en “*Sagramor*”...; así Darío en “*Lo fatal*”...; así Amado Nervo, con sutilísima ironía, hablando del “*sabio no saber*” y pidiendo al Arcano, le libre del horror de pensar...

Cierto día, en las postrimerías del mes de agosto de 1918, hallábame como nunca, sombrío y con una sed imperiosa de soledad.

El Dr. Chaves dos Santos, a mi indicación, había fijado en esos tiempos su residencia en el hotel Carapachay, de Olivos. Allí iba yo a verlo a menudo, llamado por la buena cordialidad que tan bella y grande alma me dispensó con generosidad siempre.

En la mañana muy temprano de ese día, una de esas mañanas frías, grises y húmedas, de un viento gélido que penetraba hasta los huesos, me llegué sin anunciarme, hasta el compartimiento ocupado por él. Lo hallé en cama, pero estaba despierto desde hacía largo rato. Un diario matutino que tenía desdoblado sobre su cama, daba noticia telegráfica del fallecimiento de Barahona. Y como me manifestara que lo había tratado en varias ocasiones, le solicité informes sobre la personalidad del fallecido. Con una voz que tenía hondo acento de sinceridad, con palabra mesurada y ademanes lentos y elegantes, presto logró diseñar el perfil encarecido y en forma tan acabada que no dudé un momento de que una vieja amistad los había unido. Luego se explayó en forma inusitada. Despreció los libros, que antes fueran motivo de su culto. De sus palabras destilaba un amargo pesimismo como si una desilusión inmensa lo hubiera invadido y estuviera en la certeza absoluta de la inutilidad de cualquier esfuerzo.

Nos sentamos en amplios sillones colocados frente a frente, una mesita de por medio con un mármol raro, extraño, en el centro. Toda esa mañana, estuvimos hablando de las más diversas cosas, y nuestro pensamiento, fijo en la lejanía del pasado, servía como de caricia en la comprensión de aquel prolongado momento, cortado periódicamente por los toques de un reloj distante.

Confieso, no puedo menos, que al trazar estas líneas mi recuerdo se torna difícil, abominablemente doloroso.

Pobre Chaves. Pobre maestro querido, que tantas veces me distes pruebas y más pruebas de valor, que tanto me animaste en los momentos que el infortunio azotó mi existencia. Te contemplo siempre frente a mí, optimista y alentador, grande y fuerte, habiéndome con cariño de hermano o de padre, tratando siempre de

animarme, porque sabías que llevaba incrustada en el alma una enfermedad innata e incurable: la tristeza. Te veo frente a mí, y hasta te siento hablar. Te veo como cuando, después de escucharme mudo y serio, me estrechabas sonriente y me decías: Ah, muchacho, muchacho... Pero ponías en esas solas palabras tal acento que había algo de reproche y algo más de aprobación.

Te veo patente, en este minuto que pasa, cuando en esa mañana brumosa tuvistes que abrirme tu gran corazón atormentado, y ví cuanto tenías de niño... Te llevo patente en mis ojos, cuando al reaccionar quisiste cambiar de tono y trataste impotentemente, a pesar de grandes esfuerzos, de aparecer alegre. ¡Que amarga sonrisa dibujaron tus labios; qué lúgubre me pareció tu faz!

Abrimos el balcón, que da vista al río. El sol, como avergonzado, se posó quedamente. Me hizo acordar a las sonrisas de ciertos seres que saben no tienen el derecho de reír en la vida. Llegaba hasta nosotros como el rumor apagado de las aguas un tanto borrascosas. También, algún aullido del viento. Abajo, por entre los jardines, corren, riendo y gritando, unos niños al cuidado de celosa intitutriz. De pronto, una algazara en la calle. Muy próximo, la cháchara, hueca y precipitada como nunca, de un grupo de felices. De vez en cuando, un soplo perfumado de azahar subía. Luego, el estridente silbato de la locomotora que emprende viaje, rompe el silencio, para luego pronunciarse más, para hacerse más hondo. Seguimos hablando; el grito desesperado del tren rasga los aires; la cháchara sigue. Pero no sé más nada de lo que digimos. Solo recuerdo que la salita entera me era inhospitalaria, y parecióme después, que todo me hablaba en frio lenguaje. Así la estatua de la mesa de centro, los cuadros, los papeles, los libros apiñados en distintas partes, todo me hablaba. Y las aguas del Plata me parecieron pensativas, y unas inmensas olas que se formaban y se deshacían con furia, creí que se esforzaban por acompañar, con un

rumor que se perdía en el follaje, una muda, una extraña y dulce letanía que llenó mi alma y que para explicarla, oírresem, tendría que usar un latín eclesiástico.

América pierde mucho, pierde muchísimo, pierde lo que todavía ella misma no está capacitada para apreciarlo debidamente, cada vez que se extingue una de estas vidas. Seguimos siendo muy pobres, en medio de riquezas o de aparentes riquezas. Debemos llorar mucho, nosotros los pobres, a estos que según lo expresó Darío en ocasión de la muerte del cubano Martí, son millonarios del saber, a estos que nos dejan para siempre, que son millonarios y dadivosos y que vacían su riqueza a cada instante, y que como por la magia del cuento, siempre quedan ricos. Oh, sí: yo tampoco creo en las riquezas existentes de América. Sí, Rubén: somos tan pobres que nuestros espíritus, si no viniese el alimento extranjero se morirían de hambre. O, quien sabe... Pero, no cabe duda. Sí, somos muy pobres, muy pobres y nos hundimos en nuestra propia miseria...

¿Cuántos son los que se dan cabal cuenta del papel importantísimo que desempeñan en la humanidad el literato y el artista, el filósofo y el poeta? Esos seres raros, que sacrificando su presente, su porvenir y hasta su felicidad toda, cruzan por el mundo velando con amor y solicitud infinitas, los mismos pensamientos, las mismas sensaciones y el fuego sacrosanto de todos los ideales; que cruzan por el mundo donde se revuelven todos los bajos apetitos y que podrían tornarse estos en más de una ocasión en solicitudes verdaderamente premiosas. Muchas veces he contemplado, con lástima y con fastidio a la vez, al ser práctico, al hábil, al que tiene la clave de la verdadera filosofía, al usufructuario verdadero de cuanto beneficio y satisfacción existen sobre la tierra, y que como dueños y señores de los resortes todos, se creen serlos también de aquellas cosas que no son "cosas". Esos que tienen ese gran secreto, fruto de su misma mediocridad, y que creen ser más completos que aquellos otros, que aquellos otros... Pero son bue-

nos a veces. A veces son condescendientes, a veces llegan a dispensar con aire desdeñoso y de protección la limosna de su aplauso.

Más, cabe preguntar también, cuantos son los que padecen del mal metafísico. En los tiempos que corren—decía de Castro, citado por Darío,—y de esto hace tiempo ya, “el diletentismo literario, ese joyero de piedras falsas dejó de ser un monopolio de los burgueses, ha pasado hasta las más bajas clases populares”. No debe verse en estas palabras anacronismo alguno, e invito al lector a meditar, no tanto en lo que a simple vista nos dicen, sino, hondamente, sobre lo que nos quieren decir. Antes y ahora, aquí y en todas partes, cabe decir con igual oportunidad lo que ha tantos años dijo el escritor lusitano: “cuando las otras ocupaciones intelectuales, la filosofía y el derecho, las matemáticas y la química, por ejemplo, son respetadas por el vulgo, no hay por ahí *boni frate* que no se juzgue con derecho de invadir el campo literario exponiendo opiniones, distribuyendo diplomas de valer o de mediocridad”. Razón se ha tenido para afirmar, que la literatura es solo para los literatos, como las matemáticas son sólo para los matemáticos y la química para los químicos. Mil razones se han tenido para afirmar también que así como en religión sólo valen las fess puras, en arte sólo valen las opiniones de conciencia, y que para tener una concienzuda opinión artística, es necesario ser, por lo tanto, artista.

Por eso, no es posible que en esta época de horribles superficialismo, de espantosa decadencia espiritual, pueda constituir para esos seres excepcionales, para algunas almas únicas, una gloria, ni siquiera un estímulo serio que llegara a satisfacerlos, ese aplauso de montón, ciego e inconsciente, ni tampoco la “penúrgica fama popular, tan lisonjera con las medianías”. Tan solo podría serle tal la comprensión, la seria comprensión que es dable esperarla, naturalmente, de aquellos que pueden comprender.

La grafomanía ha llegado ya al delirio, y el vulgo semi-ilustrado, que es—Rodó lo ha dicho—el más temible de todos, porque es

el que se considera autorizado a juzgar y el que determina, en gran parte, las opiniones corrientes, no sabe, no puede saber, que en los pequeños renglones de diminuta letra y por las cuales pasea disciplicentemente la mirada, sin tener en cuenta que uno de esos renglones representa quizás la búsqueda fatigosa de obras y más obras, la consulta de diferentes y costosas fuentes de información, sin otras miras en el autor que las satisfacciones que el mismo estudio comporta, sin otro ideal que hacer un poco más por el conocimiento y el arte, belleza, en suma.

Poco se preocupan tales hombres de su renombre. Saben con Barbey que detrás del laurel viene la arruga que lo justifica, desde que aquél no viene sino con sacrificios. Saben igualmente con Gautier, que la reputación, si viene, llegará a ellos cuando las fatigas del estudio, la lucha por la vida y las torturas de las pasiones han alterado sus primitivas fisonomías de tal modo, que sólo han quedado máscaras lamentables de aquellas.

No ponen en juego los subterfugios tan corrientes hoy, ni manejan la intriga, ni la falsa humildad para su reclame, ni practican, tampoco, todas esas fórmulas a fin de lograr la fama, la fácil fama. Ellos escriben en presencia de aquello que les seduce, porque, como ha dicho Angel de Estrada, para ciertos temperamentos, escribir es una necesidad imperiosa, aunque ello traiga aparejada enervante fatiga.

Ellos se dicen, con Renán, que al terminar esta corta vida, no importa haber realizado un tipo más o menos completo de felicidad exterior, pues lo importante es haber pensado y amado mucho.

No quiero desconocer, pues sería necedad, la acción benéfica que siempre trae aparejado el aplauso, aunque falso. Ni tampoco puedo desconocer que, a la larga, la lucha es más pesada, más amarga y agobiadora cuando han influido sólo los egoismos en la crítica adversa, o en la indiferencia fría y despiadada de la misma.

Siempre recuerdo un fragmento de un prólogo a un librito de un neófito, que se hizo conocer hace más de diez años en Madrid.

Firmaba el prólogo en cuestión el difundido poeta Villaespesa, y si la memoria mía me es fiel, decía:

“En este país—se refería a España—ofenden más los elogios que las censuras. Los dientes de la envidia se ocultan y os muerden bajo las flores que os prodigan, cuando os ven que pasáis alzando el vuelo sobre los impotentes que no tienen fuerzas para seguir, no pudiendo negar que voláis, os critican la dirección del vuelo, o ponen reparos al color de las alas”. Si no toda, la mayor parte de la crítica está inspirada así. Es tan fácil destruir... Hace unos días, en correspondencia aparecida en “La Nación”, decía Max Nordau, que al que hace profesión de despreciar un genio, reconocido se coloca inmediatamente arriba de él a los ojos de algunos papamoscas y de los pazguatos amigos de paradojas...

Cada vez que desaparece un hombre cuya vida la dedicó por entero al estudio, es motivo para mí de la más honda meditación y tristeza...

A. ZAMBONINI LEGUIZAMON

Buenos Aires, 30 de noviembre de 1919.

COLEGIO NACIONAL DE MONSERRAT

Asistencia media de profesores durante el año 1919

Meses	Clases que se dictaron	Clases que debieron dictar	% de asistencia
Marzo.....	962	1042	92.52
Abril.....	1218	1305	93.33
Mayo.....	1029	1128	91.22
Junio.....	384	459	83.66
Julio.....	562	617	91.03
Agosto.....	1408	1532	91.90
Setiembre.....	1262	1364	92.52
Octubre.....	1547	1710	90.46

(Suspendidas las clases por epidemia gri-pal)

Asistencia media general: 90.81

JUSTINIANO L. TORRES
VICE-RECTOR

COLEGIO NACIONAL DE MONSERRAT

Asistencia media de alumnos durante el año de 1919

Meses	Inscriptos	Asistieron	% de asistencia
Marzo.....	602	574.2	95.5
Abril.....	605	568.6	94.2
Mayo.....	596	545.9	91.5
Junio.....	596	535.3	88.0
Julio.....	594	515.7	87.0
Agosto.....	579	486	84.2
Setiembre.....	559	456.2	81.7
Octubre.....	549	468.4	86.4

(Suspendidas las clases por epidemia gri-pal)

Asistencia media general: 88.56.

JUSTINIANO L. TORRES
VICE-RECTOR